

LAS
RESURRECCIONES

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

LAS RESURRECCIONES

por

J. O. Ablitt



*F*ICTICIA
MÉXICO
2011

PREMIO NACIONAL DE NOVELA «JUSTO SIERRA O'REILLY» DE LA BIENAL NACIONAL DE LITERATURA 2008-2009. EL JURADO ESTUVO INTEGRADO POR CECILIA EUDAVE, ALBERTO CHIMAL Y MARTÍN RAMOS DÍAZ.

LAS RESURRECCIONES

D.R. © J. O. Abblitt

D.R. © Instituto de Cultura de Yucatán

D.R. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: noviembre de 2010

POR EL INSTITUTO DE CULTURA DE YUCATÁN

Gobernadora constitucional del estado de Yucatán

Ivonne Ortega Pacheco

Instituto de Cultura de Yucatán, Director general

Renán Guillermo González

Subdirector general de literatura y promoción editorial

Jorge Cortés Ancona

Consejo Editorial: Roldán Peniche Barrera (presidente), Jorge Cortés Ancona, Ena Evia Ricalde, Rita Castro Gamboa, Virginia Carrillo Rodríguez, Celia Pedrero Cerón, Vicente Canché Moo, Faulo M. Sánchez Novelo, Karla Marrufo Huchim, Laura Machuca Gallegos.

Jefe del Departamento de Promoción Editorial del ICY

Andrés Silva Piotrowsky

Av. Itzaes núm. 501 C, entre 59 y 65, 97000, Mérida, Yucatán, México

Tel (55.999) 930 4700, exts. 54021 y 54022

Correo-e: literatura.icy@yucatan.gob.mx

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado editorial: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

ISBN: 978-607-7693-52-9

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Impreso y hecho en México

A mis padres.
A Sylvia, mi dulce hermana.

*¿Qué es el infierno? El infierno es uno mismo
El infierno es uno solo; sus otras figuras
Son meras proyecciones. No hay nada de qué escapar
Y nada adónde escapar.
Uno está siempre solo.*

T. S.Eliot

EL PRINCIPIO

Miércoles 12 de abril – 4:05 horas

La noche ha transcurrido pacífica a diferencia de otras. Antes de que amaneciera regresamos a la editorial y entregamos seis notas para la publicación sensacionalista de la tarde. La mejor fue acerca de un intento de robo que terminó en la muerte de dos sujetos: el primero dentro de su coche, por haberse resistido al asalto; el segundo, porque el primero lo atropelló; sin intención, por supuesto.

Sobre la acera, un automóvil incrustado en un poste de luz. El conductor desparrama sus sesos encima del tablero. Fluorescentes manchones de anticongelante embarrados en el asfalto. El atropellado trastabilla entre luz y sombra, bajo la llovizna, farfullando frases inconexas y babeantes; sus pupilas, dilatadas a causa de la hemorragia cerebral. Recoge algo. Da un paso, cruje su cadera. Del suelo arrebató un trocito de algo parecido a una cáscara de huevo. Luego se incorpora y protege —en el cuenco de su mano— aquellos pedazos de cráneo que ha levantado y que yacían dispersos en el pavimento como piezas de rompecabezas. Angelina y yo sólo observamos. Él nos mira. Nos ruega a señas y balbuceos que le ayudemos. Escuchamos las fantasmales sirenas que aúllan a lo lejos. El pobre diablo acaricia entonces la alianza que aún se ciñe a su anular izquierdo y cae. Su roja humanidad forma un riachuelo que corre hacia una alcantarilla. Angelina siente una ligera agitación en la boca del estómago; alza la cámara y toma una, dos... veinticuatro

fotografías. “Cuando no hay nada que decir o hacer, disparas la cámara”, suele comentar a manera de adagio. Yo, mientras tanto, bajo la vista y tomo nota.

Del asaltante no hay rastro.

Angelina luce adormilada. Esa noche no habría besos ni piernas cruzadas, el vino esperaría en la alacena y las almohadas de mi cama extrañarían por la mañana nuestros cabellos desperdigados. La llevo a su casa. Yo me voy a la mía, a mi apartamento, pero no encuentro el sueño. Entre la intermitencia del insomnio y la duermevela, aún con el fúnebre sabor del café y del cigarro infectando mi boca, reflexiono la última pregunta que me había hecho Angelina en La Coba, antes de comenzar nuestra ronda.

Martes 11 de abril – 21:10 horas

Es cierto. Los articulistas de nota roja somos como los redactores de horóscopos: trabajamos en una especie de infierno o, más bien, en el basurero del mismo infierno, con la diferencia de que nosotros casi nunca inventamos las noticias, y que los astros no sangran, aun cuando los esotéricos de carácter poético lo aseguren. No soy un gruñón irreparable, también hay cosas que me gustan dentro de mi oficina: le he agregado un toque de alegría pegando en la pared a mi espalda fotografías de mi hija, de mi ex esposa y algunas postales de lugares turísticos. Había una que me fascinaba, Angelina me la había regalado, pues sabe que me encantan las montañas: era un paisaje donde se veía el Matterhorn reflejado en un prístino lago.

Tal vez lo que más aborrezco de mi trabajo es el escritorio que ocupa el segundo puesto en mi estadística del desamor. Mi

oficina está algunos pisos de altura y, desde allí, se puede ver un parque descarnado donde confluyen drogadictos, policías, prostitutas, indigentes, etcétera, a tener sus aquelarres encima de los juegos infantiles oxidados que todos utilizan, menos los niños. Quizá lo más deplorable es sorprender un matorral temblando de gula; imagino en sus entrañas la golosina que ha devorado: una parejita que se esconde para coger entre botellas vacías, jeringas, sábanas de papel periódico y criaturas muertas o agonizando. Por las mañanas o durante las tardes soleadas casi nunca veo el parque. Trabajo de noche. Pero cuando llego temprano, acaso observo a un par de niños jugando entre los árboles. Pienso que el parque es más tolerable a esas horas, con niños dentro de él, quiero decir, riendo y pateando una pelota entre las sobras de esta ciudad.

Desde hace varios años he desarrollado mi labor profesional como redactor de nota roja. Soy un tipo común y corriente. Un cuarentón sin destellos que lo hagan ser o parecer especial, a excepción, quizá, de mi hija Beatriz, que tiene apenas siete años y que aún conserva aquella expresión de asombro y delicia por vivir, por encontrar día a día algo nuevo o por descubrir razones simples que explican las cosas que suceden. Yo perdí ese resplandor hace mucho tiempo. Ya ni siquiera siento el empuje del morbo, que antes me ayudaba a encontrarle placer a mi trabajo. Me he convertido en un buitre que sobrevuela la ciudad y que desciende sólo para devorar los hechos al percibir la peste de los cientos de cadáveres que este país produce.

Sería absurdo darle un calificativo moral a la nota roja; declarar si es buena o mala: no es una, ni la otra. Es simplemente un reflejo de la realidad que vive una nación, de ese tejido social convulso en el que siempre hay una víctima y un victimario, un espectador —morboso y que gusta de la emoción producida por el miedo— y un juez que califica el acto. Reportarlo es sólo un trabajo con fines lucrativos.

Mi país se ahoga en publicaciones de este tono y yo no me quejo. Tengo un trabajo que lleva la comida a mi mesa y a la de mi exesposa, que paga mi relación con Angelina y que embarra las manos de las autoridades para continuar comiendo y gozando. Las causas siempre han sido las mismas. *Nihil sub sole*: amor y muerte; codicia y muerte; venganza y muerte; amor y muerte.

Estoy sentado a mi escritorio, en el apartamento editorial del tabloide por el que he desperdiciado los últimos cuatro años de mi vida. Odio este mueble macilento, desvencijado, gris metálico con salpicaduras blancas de corrector líquido y artículos de papelería diseminados, como heridos de guerra, a causa del manotazo de un neurótico.

Frente a mí descansa el monitor y el teclado de mi computadora. Es de noche. Apenas ha comenzado mi turno y preparo mis cosas para salir. Mientras tanto escucho la grabación de la entrevista que realicé ayer. La voz delicada del hombre es un pasar de hojas contra los múltiples sonidos del trabajo y la nieve de un caset utilizado hartas ocasiones.

Abro el cajón y saco los radios con que sintonizo la frecuencia de los servicios de emergencia. De abajo me viene el ruido de las rotativas sin descanso. El hedor a papel barato humedecido con tintas flota en el ambiente como espectro de morgue.

Al fondo, entre el panal de cubículos, andan con su eterno paso cansino las personas pertenecientes a diferentes publicaciones, pues el edificio donde laboro es la central de otros diarios. Castillejo, el muchacho que no hace mucho había ingresado a nuestro tabloide y que, según el inexistente organigrama de la empresa, está a mi cargo como redactor novato, camina hacia mi oficina y, sin pedir permiso, entra.

Lee mis últimas notas. ¿Hay que hacerles correcciones?, dice y se alza los lentes.

No tengo que revisarlas; están bien.

Gracias. ¿En dónde te toca hacer guardia hoy?

Le menciono con desgano mi avenida habitual. Espera que le devuelva la misma pregunta, como un gesto de interés, como un hilo de comunicación frívola entre dos personas. Pero no lo hago. Él permanece en el umbral de mi oficina. Yo regreso la mirada a mi escritorio y simulo la corrección de mis notas. Castillejo no se mueve.

Tienes trabajo atrasado, ¿eh?

No respondo.

Ulises te va a matar, añade.

Le fascina decir esa frasecita con la gracia de un simio triste que hace malabares.

No me importa, digo.

Y en verdad no me importa que Ulises, jefe supremo de todos los diarios de baja monta que aquí se publican, se moleste. Por mí se puede ir al carajo.

Ulises se puede ir al carajo, digo sin volverme a ver a Castillejo, que encoge los hombros, da un rebuzno a manera de risa imbécil y regresa por donde había venido.

Entra Angelina, apresurada y jadeando. Mira de reojo a Castillejo, saca un pañuelo y se enjuga la frente.

Ese chico te admira. Siempre está buscando tu aprobación, dice.

Es un idiota, digo.

Angelina retoma su aliento, mira su reloj y afirma:

Llegaste temprano. Mi hermano y yo fuimos a cenar algo. Platicamos un poco. Te manda saludos. Por cierto, dice que a ver si uno de estos días nos juntamos a...

A lo mejor mi semblante está descompuesto. No he dormido bien. He pensado mucho en la entrevista, en Lucía, en Beatriz; he pensado mucho, o más bien he ido en zig zag, divagando como un espectro va y viene de su pasado a su

presente, o al revés. Por eso Angelina me hace la clásica pregunta de una mujer hacia un hombre que, traducida, significa algo así como “me importas”:

¿Estás bien?

Angelina viste su chaleco caqui, el cabello recogido en una cola de caballo y de su hombro cuelga la maleta que contiene sus cámaras, rollos y demás parafernalia de fotógrafo.

No es nada. Me siento bien, aseguro al momento que cierro las gavetas de mi escritorio.

Qué calor. Odio la primavera. ¿Qué hacías?

Angelina examina de reojo la grabadora y los papeles revueltos que yacen sobre el escritorio, en la otra silla, en el piso.

Estaba arreglando unos papeles.

Ya veo. ¿Cómo te fue en la entrevista? ¿Era ayer, no? Ibas a llamarme cuando regresaras a casa. Estuve esperando.

Sí, fue ayer. Aún no sé cómo estuvo.

Hago un ademán de hastío.

¿No vas a contarme?

Angelina quita los papeles, la grabadora y se sienta en la silla.

Sólo perdí mi tiempo con un anciano lunático, digo.

No te enojés. Te noté tan entusiasmado que quise saber cómo te había ido, eso es todo. Vamos a tomar un café antes de empezar el turno. Tal vez así te pongas de buen humor.

Es una buena idea. Tengo sueño y las palabras de la entrevista aún rondan mis pensamientos. Me tranquiliza que Angelina no haya hecho escándalo por no haberle llamado cuando llegué a casa. Quizás ella esté de buen humor. Sí, está de buen humor. Semblante y ropa de tonos claros y alegres. Ojos que acentúan aquellas arrugas que demuestran placer. Cómo me seducían esas marcas en su piel. Toda vez que me sonreía, o cuando en la cama aprisionaba sus ojos al cerrar con ímpetu los párpados, aquellas nerva-

duras se le dibujan como delta de río, y se me antojan siempre tan hermosas que no puedo menos que permanecer admirándola u obedecer en cualquier cosa que pida.

Un café estaría muy bien, finalizo.

Angelina y yo frecuentamos un cafetín llamado La Coba, ubicado en una de las calles más simbólicas del centro de la ciudad, cerca de la árida plaza de hormigón en la que una enorme bandera da sombra a los parásitos que unifican nuestra identidad como país, al despojo de la democracia y a la liviandad ante un futuro catastrófico. El centro de mi ciudad está plagado de este tipo de restaurantes y cafés; algunos dentro de las innumerables edificaciones desgarradas; otros sobre la misma calle. Para mí no hay peor sitio que esos antros donde se inhala aire sebooso, donde crujen las cucarachas al paso de los transeúntes, donde uno tiene que desembolsar monedas para desembarazarse de los carroñeros de la economía.

Angelina, en cambio, ama ese lugar, La Coba, y el centro mismo de la ciudad, quiero decir. Creo que les tiene demasiada estima. En especial al cafetín, un localito zarrapastroso en donde se dan cita personajes mugrientos, fantoches nostálgicos de tiempos pasados, solitarios empedernidos y quejumbrosos que no hacen nada más que extender sus lamentos ante una taza de café agrio. Angelina justifica ese amor hacia el esperpento con la historia que precede al mismo, ya que el lugar cuenta con muchas décadas en su haber y ha visto pasar grandes capítulos de la vida nacional. El aspecto es irrelevante, decía Angelina, lo trascendente es la historia; en lugares como estos se revive lo sucedido. Supongo que, entonces, respirábamos historia en ese lugar inundado de humo de habanos y cigarrillos sin filtro, y bebíamos café en tazas cuya cerámica

rozó los labios y lenguas de cientos de personajes destacados en nuestro devenir histórico.

A mí jamás me gustó el centro de la ciudad. Lo concibo como un sitio malogrado, enfermizo, devastado. Es como estar viendo agonizar a un enfermo terminal de cáncer de piel que, terriblemente solo y también afectado de tristeza y desesperanza, te mira de regreso. Pero a Angelina le fascinaba. Así que veníamos ya desde hacía un par de años en una especie de tradición no escrita, pero sobreentendida por nuestra urgencia de compañía.

Nos sentamos a la misma mesa que perpetuamente nos ha esperado y que si hubiese podido hablar, habría narrado nuestras historias. Angelina pide un capuchino moka (predecible; ella adora el chocolate y ese intento de café pomposamente llamado “capuchino”, que más bien es un pastel licuado); yo, un americano, negro (también predecible; a mí me gusta la amargura del café natural, sin azúcar, directo, pero no tanto como un exprés; el americano es como un funeral con invitados vestidos de amarillo). Al poco tiempo, la mesera regordeta que siempre nos ha atendido, los trae, además de un cenicero, pues sabe que soy un fumador compulsivo. Enciende un cigarrillo. Angelina se sume en la espuma que sobresale de su taza y, después de dar un largo trago y de limpiarse los labios, machacándolos entre sí, declara:

A veces me das miedo.

Yo estoy sacando un cabello que nada en mi café. No de otra persona, sino mío, por lo que el líquido de la taza me da asco. ¿Miedo? Hemos estado juntos por casi dos años. ¿Miedo?

¿Miedo? ¿Por qué?

Angelina le da otro sorbo a su capuchino. Cabecea. Dibuja una sonrisa que pronto se diluye. Me mira. Abre su boca:

«LAS RESURRECCIONES»

DE J. O. ABLITT

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 30 DE NOVIEMBRE DE 2011 EN LOS
TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS
NO. 354, COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200. MÉXICO, D.F.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES